

EL NUMERO.

La aritmética, esa ciencia positiva que todo lo reduce à números, es entre las ciencias la que ejerce mayor influencia en el curso bastante agitado de la edad moderna.

Cuando se inventó el número preciso es confesar, que se inventó una gran cosa; porque dentro de él se hallaba oculto el secreto de todas las soluciones.

Es decir, que en la razon numérica, segun las últimas indagaciones, está necesariamente la razon suprema.

Cualquiera que sea nuestra admiración, nos es preciso reconocer que existia oculta en las profundidades del guarismo una solucion universal, que nosotros, permltasenos esta satisfaccion legítima, hemos encontrado.

Al proclamar la soberanía de la razon humana, hemos proclamado pura y simplemente la soberanía absoluta del número.

Los números se dibujaban misteriosamente á la vista de los hombres como geroglíficos á medio descifrar, y la cantidad saltaba impaciente á los ojos de todos y nadie la veia en toda la extension de sus aplicaciones.

En honor de la verdad, la guerra más atrevida, más resuelta que la política, vió antes que esta el valor irresistible del número y los conquistadores convencieron al mundo de su derecho por los incontestables argumentos de los ejércitos.

Ciertamente, pero en realidad el descubrimiento poderoso de los ejércitos no fué en sustancia más que el hallazgo feliz del diamante en bruto; porque todavia el número mayor solia ser vencido por números menores.

Aun no habia llegado el momento en que la emancipacion com-

pleta de la cantidad impusiera su imperio definitivo á los hombres; y el talento militar, la sabiduría estratégica, el genio de la guerra y aun la loca fortuna, conservaban el poder de decidir muchas veces en favor de unos ó de otros los sangrientos litigios de los pueblos.

La victoria, sin saber á que carta quedarse, fluctuaba entre el número y el talento, entre la cantidad y el genio, entre el valor y la suma, y el triunfo, huyendo muchas veces de la superioridad del número, era alcanzado por la superioridad de la fuerza.

A la sombra de estas vacilaciones de la victoria, la suma brutal de las fuerzas materiales se veía con frecuencia vencida por el heroísmo ó por la astucia, la pericia militar se sobreponía al número y llegaba á ser hasta una ciencia el terrible arte de la guerra.

Era una lucha, empeñada entre la inteligencia y el número, entre el genio y la fuerza; de una parte los formidables ejércitos de Jerges, de otra Temistocles; es decir, por un lado el ímpetu de muchos hombres reunidos, por otro el genio de uno solo. El éxito, menos instruido en el valor trascendental del número, desconociendo aun el poder moral oculto en las tenebrosas entrañas del guarismo, se dejaba llevar con frecuencia por las concepciones atrevidas del talento y concedía la victoria alternativamente à la fuerza y à la inteligencia.

Entonces resonaba por el mundo el nombre de los grandes capitanes, porque la fuerza bruta no era todavía la expresión completa, la fórmula definitiva de la razón humana.

Faltábale, pues, al número alguna cualidad, algún requisito, que era preciso darle ó descubrirle, para llegar al caso práctico en que de un modo ó de otro la razón numérica no se viera nunca, ni subyugada ni vencida.

Tan portentoso descubrimiento estaba reservado à lo que hemos convenido en llamar política, y à la civilización moderna corresponde la gloria de este triunfo de la razón soberana.

Ella en verdad es la que ha dicho con satisfacción suficiencia: «Diez son más que cinco, veinte más que diez, ciento más que cincuenta.»

En esta fórmula aritmética hallamos la solución continua de todas las cuestiones que pueda suscitar la inquietud incansable del espíritu humano. No deja de ser curioso, que en una época tan esencialmente habladora, ó como si dijéramos, parlamentaria, sea la palabra lo que todo lo revuelve, y el número quien todo lo decide. Hay algo de caprichoso ó de fatal en el extraño caso en que después de haber conquistado el libre imperio de la palabra, la hayamos condenado à ser esclava del número.

Al apropiarnos la facultad de examinarlo todo, parece como que se nos ha impuesto el castigo de que no acertemos à resolver nada. Es cierto que hemos emancipado nuestro pensamiento del

yugo de toda autoridad. Muy bien; pero es el caso, que á la vez hemos sometido la independencia de nuestra razon al ciego arbitraje de las cantidades.

Podria presumirse que incapacitada la razon libre de sujetarse á verdad alguna, desesperada de su propia impotencia, apela á las decisiones de los números, para encontrar algo á que atenerse.

Es decir, que la verdad que buscamos, no pudiendo encontrarla en las luminosas regiones de nuestra razon soberana, acudimos á sacarla de las oscuras profundidades de una urna por medio del ingenioso mecanismo de las votaciones.

¡Singular oráculo es el que nos ha traído el triunfante paganismo de la razon! No hay sabiduría, no hay virtud, no hay autoridad, no hay ciencia, á la que concedamos el privilegio de la infalibilidad. Pero... ¡ah! cualquiera mayoría es infalible.

Hasta hace poco se habia creído que los sabios, los justos, los hombres superiores eran *los menos*. Error... error imperdonable, porque hé aquí, que al romper las bárbaras cadenas de las antiguas tiranías, *los más* somos infalibles.

¡Mayoría...! Y bien, ¿qué es mayoría?

En todo rigor numérico empieza á ser en la mitad mas uno; donde quiera que haya uno más, allí hay mayoría.

O de otra manera:

La suma de muchas ignorancias, el conjunto mayor de las mas pequeñas pasiones, la gran cantidad de todas las vanidades, reunion más ó ménos monstruosa de preocupaciones y de intereses. Toda esa multitud que veis invadir las antecámaras de los poderosos; la que veis formar la comitiva de todos los éxitos; la que se esconde en los días del peligro; la que dá la cicuta á Sócrates; la que destierra á Aristides; la que crucifica á Cristo.

Ella es la que llena el circo romano, la que presta su voz en las grandes agitaciones para gritar «¡muera!»; la que une su voz á los partidarios que triunfan para decir «¡viva!»

Especie de girasol, que, dando vueltas sobre sí mismo, vuelve magestuosamente la espalda al sol que se pone, para presentar la faz risueña al sol que sale.

Está en todas partes; su fisonomía movible tiene siempre en la mano la espresion del momento; si el tirano decreta la alegría, se alegra; si ordena la tristeza, llora; si pide entusiasmo, aplaude; si impone silencio, enmudece.

La mayoría es, en fin, la razon suprema, definitiva é irresponsable, porque el número se ha inexorablemente levantado sobre las pretensiones de la sabiduría, sobre las austeridades de la virtud, sobre los rigores de la autoridad y sobre las tiranías de la ciencia.

Decir mayoría es decir vulgo, y vulgo es esa coleccion interminable de ceros, que se coloca victoriosamente á la derecha de toda unidad triunfante.

La justicia, la moral, la verdad y hasta la naturaleza han caído

bajo el nivel augusto del sufragio universal, y sea como quiera, ese es el fundamento, sobre el que fluctúa el pasmoso edificio de la sociedad moderna.

El número, pues, saliendo de la humilde condición en que vivía, se ha erigido en árbitro, en juez, en legislador supremo de los hombres. Esto es, *lo ménos* elevado á su última potencia.

Ya el dinero, calculador de suyo, había previsto la posibilidad de este reinado aritmético, y anticipándose á la exaltación universal de las cantidades, aunque no fuera más que por ganar tiempo, se vistió, digámoslo así, la librea de la futura magestad, llamándose *numerario*.

Y convengamos en ello: era preciso regularizar, someter á una pauta vigorosa las veleidades de la razón libre; era necesario dar al impaciente desasosiego del pensamiento humano, una regla á la vez permanente y variable; vaciar, por decirlo así, la inteligencia en un molde, que siendo siempre el mismo, fuera en cada ocasión distinto: una ley fija, y al mismo tiempo movable.

La ley estaba hecha y no podía ser otra cosa que la ley del número, inflexible sí, pero inconstante. Realmente la gran apoteosis del número solo podría hacerse en un siglo positivo.

¿Acaso es otro el secreto de la naturaleza? La uniforme actividad del universo no es en suma más que cuestión de cantidades. La acción de las atracciones: he ahí el imperio de las grandes masas. Y bien. ¿Esta ley de la materia no debía lógicamente ser la ley del género humano en un siglo materialista...?

De la misma manera el número, rompiendo los límites de la vida pública, ha invadido los apartados recintos de la vida privada, penetrando hasta en el último rincón de la casa.

Cada uno lleva siempre presente en su pensamiento un número, que viene á ser la cifra de los temores que lo asaltan, de los recuerdos que lo alegran ó lo entristecen, de las esperanzas que lo animan.

La vida misma no es más que la doble operación aritmética de sumar y restar: empezamos reuniendo en una cantidad el valor de los innumerables deseos, que van brotando en el curso de nuestros primeros años; después debajo de esa suma se va formando uno á uno la inexorable cifra de los desengaños, y entonces empieza la terrible resta.

Marta es una preciosa niña, que va á cumplir quince años, y es tan inocente, que daría seis por tener quince.

Margarita es una hermosa mujer, que ha cumplido ya treinta años, y es tan generosa, que los daría todos por no pasar de veinte.

Nos parecen innumerables las arenas del mar y las estrellas del cielo; pues bien, todavía es más insondable el guarismo de lo pasado y el número de lo futuro.

Lo porvenir.... ¡Qué cantidad de esperanzas!

Lo pasado.... ¡Qué suma de desengaños!

¿No es esta la cuenta de la vida....?

Hay números alegres: aquellos, por ejemplo, que antes del sorteo campean en el billete de la lotería que hemos adquirido.

En él se encierra una fortuna nunca probable, pero siempre posible: es una esperanza.

Después del sorteo ese mismo número es muy triste sino ha tenido bastante virtud para ser premiado.

En la historia del amor todas son fechas, es decir, todo en él son números: el tres, el nueve, el quince, el veinticinco, el treinta; esto es, aquel día, el día siguiente, al otro día.... en una palabra, todos los días.

Todavía hay quien tiene en su corazón un lugar reservado para los tiernos afectos.... ¿de que se trata...? ¿de una mujer...? Vivía en una ciudad ó en otra, en esta calle ó en aquella.... número dos, siete, doce... Ha muerto.... Es lo mismo, porque también en el cementerio su nicho está numerado, su número es el ciento, el quinientos, el mil.

Número es esa cantidad mayor ó menor que se lleva de continuo en la memoria y se estampa en ella, como en un libro de caja: la cantidad que se debe, la cantidad que se tiene, la cantidad que se espera....

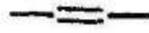
Y en medio de toda esa diversidad de cantidades que saltan á nuestros ojos, dando forma y esencia á todas las cosas y que simultáneamente se disputan el dominio de nuestra razón y de nuestra voluntad, de nuestros sentimientos y de nuestros deseos, la unidad escondida en el fondo de esas colecciones aritméticas, absorba como las estatuas de los dioses olímpicos, en su propia contemplación, ejerce más que nunca en el corazón del hombre la influencia de su imperio.

El número *uno* es en realidad el gran número, es la expresión de la individualidad egoísta; es el centro de esa atracción exclusiva con que pretendemos apropiarnos todos los beneficios de la vida, como si cada uno de nosotros fuera el solo usufructuario de la tierra.

Es el *yo* imperioso, el *yo* soberbio, el *yo* satánico.

El número *uno* es el gran número, del cual quisieramos todos hacer el número *único*.

JOSÉ SELGAS.

A LA VISTA DEL MAR**SONETO.**

¡Otra vez te revuelves impaciente!
 ¡Cuántos misterios en tus ondas leo!
 ¿Qué es ese afán y eterno clamoreo?
 Deten ¡oh mar! tus impetus, detente.

Bramas y bramas, con vaiven potente,
 Pues domeñar la tierra es tu deseo;
 Mas al instante que se estrella veo
 Contra la arena tu soberbia frente.

¡Cómo á tí se parece el pensamiento!
 Quiere en el orbe señalar su huella;
 Sosegado una vez, otra violento.

¡Hurra! gritò, que su poder descuella,
 Y al querer avanzar con más aliento,
 A veces....contra un átomo se estrella.

CÁRLOS M.^a BARBERÁN.

**CONCLUSION DESGRACIADA.**

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA SOLEDAD. * * *



El sol te dió sus cabellos,
 su nitidez la azucena,
 el coral tus rojos labios
 y su esbeltez la palmera.

Quiso el Señor que tus ojos
 del color del cielo fueran,
 y te los dió, niña, azules
 cual la túnica que ostenta.



La aurora dió á tus mejillas
el carmin que tienen ellas,
y perfumaron tu aliento
las rosas y las violetas.

Lástima que obra tan grande
término infausto tuviera,
porque el cincel del artista
te dió un corazón de piedra.

CARLOS VIEYRA DE ABREU.

ORIGEN É INFLUENCIA DEL TEATRO.

La bella literatura, ó sea, aquellas composiciones que tienen por fin principal la belleza, es tan antigua como el hombre: dotado éste de una sensibilidad exquisita, siempre ha sentido la aspiración á lo bello; siempre ha sido la Esthética una necesidad de su espíritu. El drama, (1) como un género de las bellas letras, filosóficamente considerado, encuentra también su origen en la misma naturaleza humana, pues sobre ser una composición eminentemente artística, y exigir, como condición esencial, una completa subordinación á las leyes esthéticas, parece *natural* la complacencia, que experimentamos ante la representación de las acciones humanas. «Así como la didáctica, dice el Sr. Fillol, habla directamente á la razón, y la epopeya se encamina más especialmente á la imaginación, el drama, hiriendo las fibras más delicadas de nuestro ser, tiende á apoderarse del corazón.»

Divergen las opiniones de los eruditos, cuando tratan de fijar el origen histórico de la literatura dramática, y algunos, queriendo conquistarle un timbre de antigüedad, afirman que en la India fué donde primero se cultivó este género literario: afirmación que, si bien carece de comprobantes, no puede rechazarse en absoluto, teniendo en cuenta la singular afición de aquel pueblo por la bella literatura.

(1) Usamos esta palabra en sentido genérico, comprendiendo por lo tanto en ella, la *comedia*, la *tragedia* y el *drama* propiamente dicho.

Sin negar, pues, que el arte dramático fuese ya más ó ménos conocido en los primitivos tiempos de la historia, solo hay de él noticias concretas desde la época de Grecia. En el seno de este pueblo ilustrado es donde adquiere una forma regular la más sublime de las bellas artes: allí es donde la vemos aparecer, de una manera grosera é informe, como todos los orígenes, para llegar despues á un grado de perfeccion admirable.

El paganismo, profundamente arraigado en los pueblos antiguos, echò en Grecia los primeros cimientos del Teatro: esa religion poética, con sus caprichosas solemnidades hiriendo la imaginacion ardiente de los griegos, les hizo concebir la idea de cultivar un arte, que tan bien respondia á las exigencias de la naturaleza, y que tanta influencia habia de ejercer en lo sucesivo.

Con efecto; todos los años celebraban los griegos la época de la vendimia con grandes fiestas en honor de Baco; los vendimiadores reunidos en comparsas y embriagados con la alegría y el fruto de su industria, recorrían los campos y ciudades, entonando himnos, en los que pregonaban las acciones y aventuras de los dioses y los héroes, ò censuraban los vicios y las injusticias de sus conciudadanos. Poco despues aparecen Susarion y Tespis, naturales de la Icaria, y este último con sus monólogos realiza una feliz innovacion, que es acogida por el pueblo con verdadero entusiasmo: desde ese momento se inicia una era de verdadero progreso para el Teatro griego, que fué perfeccionándose paulatinamente, merced á los esfuerzos posteriores de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Magnes, Cratino y tantos otros eminentes dramáticos, cuyos nombres nos ha trasmitido la historia literaria de aquel pueblo.

Los Romanos, más imitadores que originales por lo comun, no debían introducir ninguna mejora esencial en la literatura dramática, limitándose á seguir el camino trazado por los poetas griegos, cuyas obras tradujeron y aun llegaron á representar con más éxito que las suyas propias. A la accion de los tiempos y al influjo de la civilizacion, quedò, pues encomendado el perfeccionamiento del arte dramático, hasta revestir la forma que actualmente posee.

No es ciertamente nuestra patria la que ménos gloria ha conquistado en el cultivo de este género literario. Nuestro Teatro tuvo un origen casi análogo al de Grecia: á medida que las triunfantes armas españolas iban ganando terreno en esa epopeya grandiosa de la reconquista, fueron apareciendo en los pueblos apartados del teatro de la guerra, algunas comparsas ó cuadrillas de *juglares*, verdaderos *cómicos de la legua*, que vagaban de lugar en lugar, ejecutando farsas ó *juegos de escarnio*. Posteriormente fueron complicándose estas farsas en su artificio, dando nacimiento á los *entremeses*, y estos á su vez cedieron el campo á la *comedia*, que aun cuando escasa de interés, y casi nula en su

accion, aparece por fin en el siglo XVI.

A ejemplo de lo que en Roma sucedió, nuestros primeros dramáticos fueron á buscar sus inspiraciones en el Teatro griego; y no solo comenzaron por imitar á los clásicos de aquella nacion, sino que tambien hicieron algunas traducciones al romance, tales como la *Medea* de Eurípides, el *Pluto* de Aristófanes y algunas otras.

Bartolomé de Torres Naharro fué el primero en inventar fábulas nuevas, y el impulso de este poeta hacia la creacion de un teatro verdaderamente nacional fué tan acertadamente secundado por los que le sucedieron, que poco tiempo después, el drama español habia adquirido un carácter propio, y podia competir con ventajas, con las mejores producciones del genio griego.

Hemos reseñado á grandes rasgos, y con la concision que nos impone la indole de esta Revista, el origen y progresivo desarrollo del arte dramático, y aunque con la misma brevedad, cumple ahora á nuestro propósito, entrar en el exámen de una cuestion importante, y que por su trascendencia reclama un lugar preferente. Tal es la promovida respecto á la moral dramática.

En efecto: ¿debe ser el objeto del teatro procurar la mera distraccion, el goce esclusivo, que en nosotros produce el espectáculo de una representacion, ó habrá de responder además á un fin moral, como condicion necesaria?

La resolucion de este punto ha suscitado grandes controversias; pero tan escasas en resultados, que hoy más que nunca andan divididas las opiniones. Si para fijar la nuestra, hubiéramos de acudir á la autoridad de los contendientes, no acertaríamos fácilmente á resolvernos, porque en uno y otro campo figuran nombres ilustres en la historia de la literatura.

Creemos que la didáctica, lejos de buscar su esfera de accion en la forma dramática, se opone efectivamente á la indole del teatro; pero de esto á querer eliminar del drama toda idea ó fin moral, hay gran diferencia: tal afirmacion es, en nuestro humilde concepto, de todo punto insostenible.

Y á la verdad; un arte que, como ántes decimos, tan especialmente sabe interesar y conmover el corazon humano, ha de ejercer necesariamente en el pueblo un influjo poderoso: ¿por qué, pues, no ha de aprovecharse esa gran influencia, difundiendo una benéfica enseñanza moral, y haciendo del teatro un elemento de ilustracion y cultura? Si el progreso es la aspiracion de la humanidad á su perfeccionamiento, y esta aspiracion es constante, el progreso encuentra en el teatro un centro de accion, y exige su concurso: en este concepto la moral dramática es *necesaria*.

Los que como el Sr. Quintana, á quien, de paso sea dicho, tanto deben las bellas letras españolas, sostienen que el drama debe limitarse á la mera diversion del pueblo, se fundan principalmente

en que el público, poco aficionado por punto general á escuchar discursos morales, dejaría de asistir al teatro, convertido en escuela de costumbres. Pero esta consideracion, que entraña una gran verdad, no puede admitirse como suficiente, puesto que ni la enseñanza moral ha de ser el objeto único del drama, ni aun siquiera debe ser directa, á cuyo efecto recomiendan unánimes los preceptistas, que se desprenda de un modo fácil é insensible de la misma accion dramática.

No marcha, por desgracia, muy en consonancia con esta doctrina el teatro moderno. Los extravios del romanticismo, unidos á otras concausas, que el carácter de esta publicacion nos veda consignar, vienen, de algun tiempo á esta parte, alejando el teatro de sus legítimos fines, sirviendo con frecuencia la más importante de las bellas artes, ora para propagar ideas políticas enconando el odio de los partidos, ora para ridiculizar las instituciones mas venerandas. ¡Ah! Si fuéramos á buscar el origen de muchos de los disturbios sociales que lamentamos, acaso lo encontrásemos en el abuso que del teatro se hace, llevando á la escena más de una infausta produccion dramática que, si adquiere celebridad, no es porque responda, ni con mucho, á lo que demanda la moral.

Sin embargo y á pesar de estos lunares, el estro dramático de nuestra época ha legado al teatro verdaderas joyas literarias, y por lo que á nuestra nacion respecta, no faltan entre los que rinden culto al arte de Talia, quienes atestigüen á la faz del mundo, que no quedó agotado el génio español en Lope y Moratin.

MIGUEL ESCOBAR.

Abril 1874.

ELLA.

Ella es el ángel mio, tiene el acento
Lánguido de las hijas del medio dia;
Ella es la que despierta mi sentimiento,
La que guarda los goces del alma mia;
Es su mirar tan vago, tan soñoliento,
Como la luz naciente del alba fria;

Sereno, en calma,
Cual la luna en los mares,
Riela en el alma.

Es una flor rosada, que en sus botones
 Encierra vaporosa las realidades,
 Que ayer acariciaba solo ilusiones;
 Es la flor, que perfume vierte á raudales
 En los anchos espacios de esas regiones,
 Dó las hadas habitan más idcales;

Flor, yo te admiro:
 Mandamelo en las alas
 De tu suspiro.

Es el ser misterioso, que en el concierto
 De la apacible noche, su voz destila,
 Vagando entre las auras con rumbo incierto,
 Imágen sonriente, que leve oscila
 Sobre el pecho, de amores ántes desierto;
 Si la buscan mis ojos, la ven tranquila,

En los altares,
 En el aire, en el cielo,
 Sobre los mares.

Y la encuentro en serena noche de luna;
 En los mansos arroyos murmuradores:
 Mecida á los vaivenes de blanda cuna,
 Formada por las hojas de verdes flores;
 Y solo allí á turbarla llega importuna
 La cancion amorosa de ruiseñores;

Desde su nido,
 ¡Qué dulce de las quejas
 ¡Serà el sonido.

Ella es el bien, el fénix de mi consuelo;
 Es el iris eterno de mi ventura;
 Es el querube alado, que tiende el vuelo
 Y á acariciarme viene desde la altura;
 Es la paz, el encanto, la luz, el cielo
 De la bella esperanza, que en mi fulgura;

Mi eden, mi dueño;
 Su imàgen es mi vida;
 Con ella sueño.

Hoy no busqueis al ángel, ni en el murmullo
 Del agua cristalina de tersa fuente,
 Ni de pintadas aves en el arrullo;
 No vaga entre las sombras del occidente,
 Ni la aurora rosada palacio es suyo;
 No cruza el mar, ni vuela ligeramente

Sobre las flores;
 Buscadla aquí en el cielo
 De mis amores.

JACOBO RUBIRA.

TRADICIONES DE MI PATRIA.

EL ALGIBE DE LOS CABALGADORES. (1)

(1436.)

Digno es el valor de eterna memoria! ¡Cantadle, bardos! Erguid vuestra cabeza, dibujad en en el horizonte el perfil de vuestro cuerpo envuelto en su talar ropaje; echad á la espalda vuestro manto de anchos pliegues; ceñid á vuestra blonda cabellera la rama sagrada del siempre verde laurel; empuñad el arpa de oro, donde cantais vuestros amores, donde acompañais en la soledad del bosque al ruseñor amante donde ensayais himnos, saludando á la aurora, donde entonais el canto del amor, que al declinar la tarde oye embelesada en el agimez del castillo la hermosa castellana.

Empuñad, bardos, el arpa, el arpa de oro! No vais á cantar los amores de una dama, ni el esplendor de los torneos, ni el gemido del guerrero enamorado, que yace en largo cautiverio: vais á cantar hazañas mas dignas de vuestra lira; vais á cantar *al valor, digno de eterna memoria!*

Atended: inmensa línea de fuego bordará en breve con sus tintas el horizonte, iluminando la estension que abarcan vuestras mi-

(1.) Llamado así como recuerdo del hecho de armas, que se refiere, verificado junto á él. Aunque Conde y otros autores no hacen mencion de este hecho, por ser cosa puramente local, se halla apoyado por historiadores que de Lorca, se han ocupado, y por la tradicion autorizada del pais.

radas. Es el sol, que ha vencido à la noche, y en su carro de triunfo viene à pasear sus dominios: al sacudir su cabellera de oro ahuyentará las nieblas, que aun se posan sobre vuestras cabezas, y el valle se presentará à vuestros ojos vistiendo sus mejores galas: las flores abriendo sus corolas, elevarán al cielo aromas, envueltos en el vapor de la gota de rocío, que brillantaba sus pétalos: las pintadas avcillas vendrán à admirar su imágen, dibujada en los arroyos: las abejas envidiando al sol su curso, volarán por la pradera, y murmurando amores buscarán la rosa que les sirva de trono, y el canto de la naturaleza entera acompañará al de vuestra lira para cantar un himno al valor. *¡Porque digno es el valor de eterna memoria!*

Observad aquella nube de polvo, que à lo lejos crece y crece, se eleva y avanza hasta vosotros con la rapidez del huracan, que precede à la tormenta. Es Ábenraho, el esforzado caudillo de los hijos del desierto, el príncipe mahometano, envidia de los caballeros, el de gentil talle, en quien las sultanas se complacen. En su verde turbante brilla la media luna: su alquicel dado al viento, y su cimitarra, que, multiplica mil soles en sus reflejos, le hacen asemejarse al genio de las batallas. ¡Valiente debe ser el que le provoque y resista! Mil veces habeis cantado, bardos, sus triunfos en los torneos, y le habeis declarado en vuestras trovas invencible. ¡Valiente debe ser el que le provoque y resista!

Una lucida hueste le sigue; son quinientos ginetes escogidos. Por sus trajes de gala parece que acuden à los torneos, por su semblante alegre parece que ya han obtenido la victoria. Tras ellos en compactas filas seiscientos peones inundan la llanura, y al parecer se proponen arrebatár à la victoria su gloriosa palma. Bajo las órdenes del gefe moro de la ciudad de Bujia, vienen de las orillas del Genil, de la bella Granada, à medir su esfuerzo y su pujanza con los mas valientes castellanos.

¿Adónde se encaminan? A Lorca la noble, la envidiable, la hermosa ciudad del sol. El alcaide de sus reales alcázares ha aceptado un cartel de desafio, y los hijos de Agar acuden como nobles y valientes. ¡Cantad, bardos, sus proezas, porque *digno es el valor de eterna memoria!*

Mas preludiad tímidamente vuestras liras: los caballeros árabes, refrenando la carrera de sus corceles, se han detenido y han temblado. El escudo de los fuertes ha gemido al contacto de la ferrada mano. Los hijos de Lorca han cabalgado en sus caballos de guerra: ya se aproximan à la enemiga hueste. Son ménos en número. Uno, dos tres... contadlos bien, bardos....solo son ciento los nobles caballeros, y les siguen cuatrocientos infantes, que han querido partir con ellos la gloria de la lucha. Cuatro veces más es el número de sus bravos contrarios, y valientes deben ser aquellos cuando les provocan para resistirles.

¡Nobles hijos de la invicta Lorca, los bardos os saludan y os

cantan!

Valiente y cristiano es sin duda aquel guerrero, que á la vista de tanto enemigo se ha atrevido á gritar: «Mi alférez y trompeta para ciento; yo para doscientos, los demás para el resto, Santa María de las Huertas para todos: Santiago y á ellos!!»

La lucha está empeñada con indomable valor por ambas partes. ¡Cuántos caen! Llorad, llorad la muerte de los valientes. Como las espigas al contacto de la hoz del segador, así caen las cabezas agarenas; como la nieve cubre abundante el campo con su blanco ropaje, así los alquiceles de los que sucumben cubren la llanura. ¡Cuántos, cuántos caen!

Ved aquel guerrero, que rota en mil pedazos su coraza, penetra en medio de sus enemigos: la muerte le precede, y los hijos del desierto tiemblan ante él, haciéndole paso. Ved aquel otro, que ha perdido el yelmo en la pelea, y que aun combate moribundo. Ved más allá al caballero que, despojado de su escudo, se lanza con el pecho descubierto, y cercado por cien enemigos, les obliga á retroceder, como el cazador á la hiena, que le acomete, sedienta de sangre. Hechos de valor se miran por todas partes en la llanura. Honremos al valor, por que *es digno de eterna memoria*.

Cesen los cantos guerreros: el ángel del terror, envuelto en su negro manto, se cierne sobre los que pelean, llevando el miedo al pecho del agareno; huyen en precipitada fuga, huyen y huyen, dejando á sus enemigos el campo de la victoria.

¡Pero cuán pocos y cuán dispersos escapan! Ya no es la orgullosa hueste, que inundaba la llanura; ya no son los valientes que vencen en los torneos. Van despavoridos, como el tímido pajarillo, que busca en la fuga su salvacion, cuando el azor le persigue: como el asustado lebre! se conmueve, tiembla y huye al escuchar el rugido del rey de los bosques.

¡Gloria á los hijos de Lorca, que vencieron en heróico combate á las huestes del Islam! Cantad, cantad su arrojo, que *digno es el valor de eterna memoria!*

Pero uno entre los valientes se ha distinguido; no olvideis en vuestros himnos su nombre. ¿No le visteis en medio del combate con el brazo arremangado, (1) semejante al rayo vengador, destruyendo cuanto toca? ¿No le visteis espolear con ansia su indómito corcel, y penetrar por las filas de sus contrarios, buscando al príncipe su enemigo, como el águila rompe las nubes, para llegar hasta el sol y mirarle cara á cara? ¿No le visteis, cuando la sangre corria de su herida, levantarse aun sobre sus estribos, lanzando su mirada rayos semejantes á los que en medio de la destruccion lanzaría el ángel del esterminio? No le visteis llegar hasta

(1) Martín Fernandez Piñero. Alcaide de Lorca, fué conocido por este mote y por el de *zurdo*, por la costumbre que tenía de llevar desnudo el brazo izquierdo, con que manejaba la lanza.

Abenraho, y enarbolando su lanza con su desnudo brazo, coser la cabeza del príncipe agareno al cuello de su caballo, haciendo retroceder á los musulmanes y huir en alas de su vergüenza?

Decid, bardos, cantad eternamente su nombre. La fama del guerrero valeroso debe llenar los ámbitos de su pátria, y el nombre de Martín Fernández Piñero, el valeroso alcaide del alcázar de Lorca no es indigno de ocupar por siempre vuestra lira. Desceñid de vuestras sienes el laurel glorioso, y ponedle por corona á los valientes, cantadles sin cesar en melodiosas trovas, porque *digno es el valor de eterna memoria.*

J. M. C.

CRONICA.

Estamos á principios de año, y despues de los alegres dias de Navidad, trascurridos con bastante viento y mucho frio, nos preparamos á recorrer, si la Providencia lo consiente, un nuevo trayecto en el camino de nuestra vida.

Año nuevo, vida nueva, dice el refran, y aunque muchos repitan de buena fé estas palabras ó procuren establecer su sentido como norma de su conducta futura, probablemente sucederá ahora lo que siempre ha sucedido: *año nuevo, vida vieja*. *Nada hay nuevo bajo del sol*, dice la Biblia; *genio y figura hasta la sepultura*, afirma otro refran castellano, y sin que nosotros neguemos el progreso en los hombres y las cosas, creemos que es una gran verdad, que al hombre acompañan desde el principio del mundo y le acompañarán siempre, sus miserias y sus lágrimas, sus alegrías y sus caprichos, sus esperanzas y sus desengaños. No dejarán de formarse como hasta aquí ilusiones y proyectos; seguirán saliendo cálculos fallidos, se malograrán muchos deseos; la ambicion, el egoismo, la intransigencia dominarán muchas razones, y la virtud irá entre tanto por el espinoso camino de la vida, con el llanto en los ojos y la fé en Dios, sufriendo las contrariedades de los que la persiguen, y enseñando á todos el camino de su regeneracion. *Año nuevo, vida vieja!*

Pero dejemonos de lamentaciones, que hartos motivos tenemos de tristeza, para que yo venga á acibarar con melancólicos pensamientos el ánimo de los que me lean. No es susto tampoco que

en tiempo de Pascua, destinado al bullicio y algazara, y á descansar de las fatigas de todo el año, quiera yo sentarme solitario, como Jeremias á llorar sobre ruinas.

Si he de ser fiel cronista, es forzoso estar de buen humor; todos lo han estado en estos dias ó al menos, así lo han hecho ver las apariencias. Grande afluencia de gente por las calles; multitud de fieles en la tradicional *misa del gallo*; ruido y broma en las casas, y llenos completos en el teatro durante los dias de Pascua: se me figura que todo esto, dado el carácter tranquilo de esta poblacion, prueba que sus habitantes han tenido gana de divertirse.

Apropósito del teatro: ¿han visto ustedes concurrencia mas lucida y numerosa, que la que ha frecuentado nuestro coliseo en los dias de Pascua? Es verdad que la estimable compañía de Zarzuela que en él actúa, hace laudables esfuerzos por atraerse las simpatias del público. La felicitamos, y tambien á la empresa. Solo sentimos, que por falta de ensayos, torpeza y escasez de la maquinaria, hayamos visto al lado de *Campanone* y *Jugar con fuego*, obras ejecutadas á conciencia, otras tan desfiguradas como *el Molinero de Subiza* ó *Barba Azul*. Y decimos esto porque tiene remedio, y el enmendarse ha de ceder en beneficio de la compañía y de la empresa, á quien auguramos, si continúa mereciendo el favor del público, honra y provecho.

Otra fiesta, que debia celebrarse en estas Pascuas, ha tenido que ser aplazada, aunque segun nuestras noticias, se verificará pronto: nos referimos á la sesion solemne de distribucion de premios de la Esposicion regional, que celebró en el mes de Setiembre la Sociedad Económica de esta ciudad. Entonces nos ocuparemos en esta Revista con el detenimiento que se merece, de la Esposicion, que ha sido para esta localidad un verdadero acontecimiento.

Tambien celebró el Ateneo el 11 de Diciembre su acostumbrada sesion de apertura de clases, que sin duda por lo desahucado del tiempo, no estuvo tan concurrida como otros años. Leyóse la memoria del curso anterior, y el Sr Vice Director pronunció un breve discurso, amenizando la reunion en la parte musical con su acostumbrado gusto las Srtas. de Bayonas y Cánovas y leyendo poesias los Sres. Sanchez Ros, Ruiz Noriega y D. Jesús B. Navarro.

Las clases, que empezarán despues de las fiestas, serán públicas, lo qual era una reforma necesarias, que aplaudimos.

Y aqui hacemos punto final, deseando á nuestros suscritores, y en especial á nuestras bellas lectoras, que hayan pasado felices pascuas, y que del mismo disfruten de toda felicidad durante los dias del año nuevo.